

Los nuevos invasores

■ El año 1877, Thomas Alva Edison daba cima a uno de sus más ambiciosos proyectos. El invento de una máquina capaz de conservar y reproducir la voz humana y los sonidos. Cuenta la crónica que lo primero que se grabó en el recién inventado fonógrafo, fue la voz de Edison canturreando una popular balada infantil: "Mary had a little lamb".

Como suele suceder, los efectos de tal invención se vinieron a conocer muchos años después y hoy, ya cumplido el siglo, principian a haber personas que se preguntan si la iniciativa de Edison fue, en verdad, un aporte para la civilización o, por el contrario, una desgracia más que debió soportar la humanidad.

Antes del fonógrafo y todos sus derivados posteriores hasta llegar a la cinta magnetofónica, la música era un deleite singular del que se gozaba en conciertos o en veladas hogareñas. La gente predisponía su espíritu para escuchar música y era recibida en religioso silencio. Para muchos tenía plena validez la frase de Beethoven: "La música es una revelación más alta que la Filosofía".

Cuando el fonógrafo fue inventado, los optimistas de siempre deben haber pensado que con el nuevo aparato este placer del espíritu se difundiría, se acrecentaría y llegaría a todas las capas sociales. En un principio, los optimistas parecieron tener la razón. El disco atesoró las interpretaciones más notables de la música clásica, los compositores populares tuvieron una difusión en constante ascenso y la música, cualquiera que fuera su género o jerarquía, pasó a instalarse en la vida ciudadana. Fue parte del entorno en forma tal que no concebíamos una vida ajena a la melodía.

Pero ya está visto que los mejores logros del hombre se dañan por la ambición y parecen por el exceso. Si la invención del fonógrafo significó el comienzo de la popularización del arte musical, la aparición de la radio a transistor, primero, los toca-cassette a pila después y los equipos de sonidos estereofónicos ahora, han terminado por convertir, en ocasiones, en una tortura acústica lo que antes fue un placer.

No es posible ya subir a un medio de transporte colectivo sin ser asaltado acústicamente por un vecino que displicentemente oye su radio a transistores. Y si el desplazamiento es en un auto particular, cada luz roja significará el entrecruzamiento de las más disímiles melodías propaladas desde las radios de los automóviles vecinos. No parece tampoco posible ya tomar contacto con la naturaleza, sin ser atacados por la música. Cualquiera plaza, paseo, sea en la montaña o en la playa, ha de ser acompañado por el fondo musical que a nuestro ocasional vecino se le antoje. Pero donde el asunto llega a límites intolerables es cuando el propio hogar es invadido por los sonidos que propalan no uno, sino varios aparatos estereofónicos que compiten en las casas o departamentos adyacentes, no ya en gusto musical, sino en potencia sonora.

Es curioso pensar que personas respetuosas de la propiedad privada, que tendrían por gran atrevimiento traspasar la reja de un jardín ajeno o la puerta de una casa sin ser invitados, no sientan, a su vez, la menor preocupación por invadir la privacidad de otros a través del sonido.

Así las cosas, parece estar próximo el día en que las personas con sensibilidad musical, que aman la música, que la consideran la mayor y más sutil expresión del arte, deberán vivir premunidos de sanitarios tapones de algodón en sus oídos para preservarlos de la contaminación ambiente y, como secta secreta, reunirse en apartados lugares, de sólidas murallas a prueba de ruidos para que, huyendo de la música propalada en promiscuidad, puedan escuchar música.

Qué ingenua nos parece en nuestros días la alabada sabiduría de Sancho Panza cuando leemos en El Quijote lo que él le decía a la duquesa: "Donde hay música, no puede haber cosa mala".

Claro, en tiempo de Cervantes no existían ni las radios a transistores, ni los toca-cassette, ni los equipos de sonido. De haberlos tenido, la Humanidad, de seguro, se habría quedado sin conocer las aventuras del Ingenioso e Hidalgo Caballero de la Triste Figura.